

mosa resuene al otro lado del Canal, se enrojecerán las mejillas de todos los ingleses honrados. Pero llegará un día en que esa canción resuene, y ya no exista Inglaterra, yazga en tierra el pueblo del orgullo, y las tumbas de Westminster yazgan desechas, y olvidadas las cenizas Reales que encerraran.....; en que Santa Elena sea el Santo Sepulero á que los pueblos de Oriente y Occidente acudan en peregrinación sobre empavesados buques á fortificar sus corazones con el gran recuerdo de los hechos del Salvador del mundo (1), del que padeció bajo Hudson Lowe, según escrito está en los evangelios de Las Cases, O'Meara y Autommarchi.

¡ Cosa rara ! á los tres mayores adversarios del Emperador le ha alcanzado el mismo terrible destino. Londonderry se ha degollado, Luis XVIII se ha podrido en su trono, y el profesor Saalfeld sigue siendo profesor en Göttinga.

(1) La versión francesa, en vez de *Salvador del mundo*, dice *Cristo temporal*.

CAPÍTULO X.

Érase un día claro y frío de otoño, cuando un joven con aspecto de estudiante, se paseaba lentamente por la avenida del jardín de la corte de Düsseldorf, y unas veces obedeciendo á infantil capricho, impulsaba con el pie las hojas caídas que cubrían el suelo, y otras elevaba melancólicamente la vista hacia los desecados árboles, de los que aun pendían algunas hojas de color de oro.

Al mirar arriba recordó las palabras de Glauco:

Los hombres son lo mismo que las hojas:
Unas esparce el viento ya marchitas;
Brotar hace otras nueva primavera;
Así: ¡cuando este crece aquél termina! (1).

En días ya lejanos había contemplado el joven los mismos árboles, animado por pensamientos completamente distintos, pues entonces era un niño que buscaba nidos de pájaro ó insectos, y en extremo le agradaba oírles zumbiar alegremente, regocijándose ante el bello mundo, contentos con una sabrosa hojita verde, con una

(1) Homero. *Iliada*. Canto VI.

gotita de rocío, con un cálido rayo de sol y con el grato olor de la hierba. Entonces estaba el corazón del niño tan placentero como los insectillos alados. Pero ahora su corazón había envejecido, se habían apagado en él los rayos del sol, habían muerto en él todas las flores, se había disipado hasta el hermoso sueño de amor; no quedaba en el pobre corazón más que valor y tristeza, y para decir lo más doloroso..... era mi corazón.

En este mismo día había yo regresado á mi antigua ciudad natal, pero no quería pernoctar en ella, y deseaba ir á Godesberg á sentarme á los pies de mi amiga y á hablar de la niña Verónica. Había venido á visitar mis queridas tumbas. De todos mis amigos y parientes vivos, no había encontrado ni un tío ni una prima (1). Si encontraba aún en la calle rostros conocidos, ninguno me conocía ya, y la ciudad misma parecía extraña á mis ojos. Muchas casas habían sido revocadas; en las ventanas lucían nuevos semblantes; alrededor de las altas chimeneas revoloteaban decrépitos gorriones. Todo parecía tan muerto, y tan fresco sin embargo como las hierbas que crecen en el cementerio.

Donde un día se hablara francés, ahora se hablaba prusiano; pues hasta se había establecido en Düsseldorf una pequeña corte prusiana, y las gentes llevaban pedantescos títulos. La antigua peluquera de mi madre se había convertido en peluquera de la corte, y había ahora

(1) La versión francesa dice, *à nadie*, y añade: *habían muerto ó abandonado la ciudad.*

allí sastres, zapateros, extirpadoras de chinches y tiendas de aguardiente de la corte; toda la ciudad parecía un hospital de locos de la corte (1).

Sólo me conoció el antiguo elector que continuaba en la vieja plaza, pero que parecía haber enflaquecido. Precisamente, como se encuentra siempre allí en medio y ha visto todas las miserias de la época, tal espectáculo no es á propósito para engordar.

Me parecía estar soñando, y pensaba en el cuento de las ciudades encantadas. Corrí á las puertas de la población á fin de no despertar demasiado pronto. En el jardín de la corte eché de menos algún que otro árbol, otros estaban podridos, y habían empequeñecido los cuatro grandes álamos que un día me parecieron verdes gigantes. Algunas lindas muchachas iban de paseo, vestidas con trajes abigarrados, como tulipanes ambulantes. Yo había conocido á estos tulipanes cuando aún no eran más que cebollitas; eran ¡ay! niñas de la vecindad, con las que un día jugara á «*la Princesa sube á la Torre*».

Pero las lindas jóvenes que un día había conocido como rosas fragantes, las veía ahora convertidas en rosas marchitas; en más de una altiva frente, cuyo orgullo hechizara en otro tiempo mi corazón, había marcado Saturno profundas arrugas con su guadaña. Ahora ya, pero ¡ay! demasiado tarde, he descubierto lo que quieren decir las miradas que dirigían entonces á los jóvenes sol-

(1) En este punto la versión francesa hace á la *peluquera peluquero*, y suprime las *extirpadoras de chinches*.

teros; y había reparado en el extranjero en pasajes análogos de hermosos ojos (1).

Me conmovió profundamente el humilde saludo de un hombre á quien antes viera rico y distinguido, y que de entonces acá había caído en la indigencia. Por doquiera se ve, en cuanto el hombre pierde el equilibrio, según la ley de Newton, se precipita en la miseria cada vez con más terrible rapidez.

Pero el que me parecía no haber cambiado absolutamente era el baroncito que saltaba alegremente, como en otro tiempo, por el jardín de la corte, teniendo levantado con una mano el faldón izquierdo de su casaca, y haciendo vibrar con la otra en todas direcciones su delgado bastoncillo de junco. Seguía teniendo la misma afectuosa carita, cuya roseola se había concentrado en la nariz; llevaba el antiguo sombrerito cónico, la antigua coetilla, sólo que lucía una escasa cabellera blanca en vez de la antigua, aunque escasa cabellera negra.

Mas por placentero que apareciese, sabía yo, no obstante, que el pobre barón había sufrido muchas penas; su semblante quería ocultármelo, pero los cabellos blancos de su coetilla me lo habían revelado á espaldas suyas. Y la coetilla misma lo hubiera disimulado de buena gana, á juzgar por su alegre balanceo.

No estaba cansado, pero sentí deseos de volverme á sentar una vez más en el banco de madera, en que un tiempo grabé el nombre de mi amada. Apenas pude vol-

(1) Este punto falta en la versión francesa.

ver á encontrarle, ¡tantos nuevos nombres habían sido grabados encima! ¡Ah! un día me dormí sobre este banco y soñé dicha y amor: «¡los sueños son espuma!» También acudieron á mi memoria los antiguos juegos infantiles, los antiguos y lindos cuentos; pero un juego nuevo y falso y un cuento aborrecible mezclábase á ellos constantemente. Era la historia de dos pobres almas que se habían sido recíprocamente infieles, y que tan allá fueron en materia de infidelidad, que al mismo Dios le hubieran hecho traición. Es una historia enojosa, y se puede llorar sobre ella, á no tener otra cosa mejor que hacer.

¡Oh, Dios! era en otro tiempo tan bello el mundo, las aves cantaban tus eternas alabanzas, la niña Verónica me miraba con tranquilos ojos, y nos sentábamos ante la mármorea estatua de la plaza del castillo!.... A un lado se alza la vieja y asolada fortaleza, habitada por fantasmas, donde pasea de noche una dama, sin cabeza, vestida con un traje de seda negra con su larga y crujiente cola; al otro lado hay un alto edificio blanco, cuyos salones superiores están llenos de pinturas con brillantes marcos dorados, y en cuyo piso inferior hay tantos millares de libros, que yo y la pequeña Verónica contemplábamos tantas veces con curiosidad, cuando la cariñosa Ursula nos levantaba á la altura de las grandes ventanas.

Después, cuando yo era ya un muchacho hecho y derecho, trepaba allí por las escalas más altas, y bajaba los libros colocados á mayor altura; y tanto tiempo leí

en ellos, que ya nada temía, y mucho menos á las damas sin cabeza; y me hice tan sabio, que olvidé todos los antiguos juegos, cuentos é imágenes, á la pequeña Verónica, y hasta su nombre.

Pero, estando sentado en el viejo banco del jardín de la corte, entregado á los sueños de mi pasada edad, oí á mi espalda confusas voces de gentes, que lamentaban la triste suerte de los franceses que, prisioneros en la guerra de Rusia, habían sido arrastrados á Siberia, donde fueron retenidos largos años, á pesar de haberse ajustado la paz, y que volvían ahora.

Así que alcé la vista, vi en efecto á aquellos huérfanos de la gloria; á través de los desgarrones de sus harapientos uniformes acechaba la desnuda miseria; en sus rostros descompuestos por la intemperie veíanse sus ojos hundidos y dolientes, y aunque mutilados, exánimes y cojos, en su mayoría, aun conservaban una especie de paso militar. Como si esto no fuera bastante, un tambor con su caja marchaba tambaleándose á la cabeza.

Con íntimo terror, me asaltó el recuerdo de la leyenda de los soldados que de día caen en el combate, por la noche vuelven á levantarse del campo de batalla, y, con el tambor al frente, marchan hacia su país, sobre lo cual dice la vieja canción popular:

«El tambor por doquier va sonando,
Por la noche al cuartel van llegando,
Por la calle va el fragor,
Tral-leri, tral-lere, tral-lera,

Por la casa de su amor.

De mañana allí se hallan sus restos,
Cual sepuleros en ala dispuestos,
El tambor al frente va,
Tral-leri, tral-lere, tral-lera,
Ella verle bien podrá.» (1)

Verdaderamente, el pobre tambor francés parecía haberse levantado de la tumba á medio consumir; era una ligera sombra envuelta en un sucio y grasiento capote, un muerto y amarillento rostro con unos grandes mostachos que caían melancólicamente sobre sus pálidos labios; sus ojos eran como esos tizones moribundos en que sólo arden algunas chispitas, y no obstante, por uno solo de estos detalles reconocí á Monsieur Le Grand.

Él me conoció también, me atrajo sobre el césped, y nos sentamos como en otro tiempo, cuando con su tambor me enseñaba lengua francesa é historia contemporánea.

(1) En la versión francesa, en vez de una traducción sin metro ni rima de la anterior canción, como acostumbra á hacerla de sus demás poesías, aparece la siguiente, que es sólo la segunda estrofa de la canción popular francesa:

A minuit, les ossements se lèvent,
Tous ces morts reprennent leurs
[rangs,
Le tambour battant marche en tête,
Tran, tran, trall, trall, trall,
Ils passent la maison de la belle.

A las doce los muertos se alzan,
Todos vuelven su fila á ocupar,

El tambor marcha al frente tocando
Tran, tran, tral, tral, tral,
De su amor por la puerta pasando.

La canción del texto es una reproducción hasta rítmica de la de Heine.

Allí estaba también la vieja caja por mí tan conocida, y no pude menos de admirarme de cómo la había salvado de la rapacidad rusa. Tocó como en otros días, aunque ahora sin hablar al mismo tiempo. Pero si sus labios estaban apretados de siniestro modo, sus ojos, más elocuentes, brillaban vencedores en tanto que batía las antiguas marchas. Los álamos próximos se estremecieron cuando hizo de nuevo resonar la sangrienta marcha de la guillotina. También tocó, como en otros días, en su tambor los antiguos combates por la libertad, las viejas batallas, los hechos del Emperador, y parecía que fuese el tambor un ser animado que se regocijara al poder expresar sus dichas íntimas.

Volví á oír el trueno del cañón, el silbido de las balas, los ruidos del combate, y volví á ver el heroísmo de la guardia, las flameantes banderas y al Emperador sobre su caballo..... Pero, poco á poco deslizábase, en medio de aquellos alegres redobles, no sé qué entonación lúgubre, escapábanse del tambor sonidos en que se mezclaban siniestramente los gritos de la más salvaje alegría y de la más horrible angustia; parecía aquello una marcha triunfal y lúgubre al mismo tiempo. Los ojos de Le Grand dilatábanse como los de un espectro, y sólo veía en ellos un extenso y blanco campo helado cubierto de cadáveres.....; era la batalla del Moskowa.

Jamás hubiera creído que la vieja y ruda caja pudiera exhalar de su seno acentos tan dolorosos como los que Monsieur Le Grand sabía sacar de ella en este instante. Eran lágrimas arrancadas al tambor que resonaban cada

vez más dulcemente, y á manera de lúgubre eco, profundos suspiros se exhalaban del pecho de Le Grand, que, cada vez más débil, con más aire de aparecido, temblándole de frío las enflaquecidas manos, cayó en una especie de ensueño, hiriendo en el aire con los palillos, y como escuchando lejanas voces; dirigíome al fin una profunda y suplicante mirada....., le comprendí..... y después cayó su cabeza sobre el tambor.

Monsieur Le Grand no volvió á tocar el tambor en esta vida. Tampoco su tambor volvió á producir un sonido más; no debía servir á ningún enemigo de la libertad para batir servil retirada (1); había comprendido muy bien la última mirada suplicante de Le Grand, desnudé al punto el estoque de mi bastón y atravesé el tambor repetidas veces.

(1) En la versión francesa se lee en vez de este inciso: *no debía servir para reunir á los enemigos de la libertad.*

CAPÍTULO XI.

¡Señora, de lo sublime á lo ridículo no hay más que un paso! (1).

Pero la vida es en el fondo tan fatalmente seria, que no se la podría sobrellevar sin cierta combinación de lo patético con lo cómico. Bien lo saben nuestros poetas. Sólo en el riente espejo del ingenio nos muestra Aristófanes las espantosas imagenes de la locura humana; sólo en los burlescos versos de una representación de autómatas se atreve Göthe á expresar el gran dolor de un filósofo que concibe su propia nulidad, y sólo en boca de un loco, que sacude inquieto los cascabeles de su caperuza, pone Shakespeare las mortales quejas de las desgracias del mundo.

Todos ellos han imitado al gran poeta primitivo que, en su tragedia universal en un millar de actos, sabe llevar el humorismo hasta el extremo que vemos todos los días: después de la partida de los héroes, vienen los *clowns* y graciosos con su cabeza de muñeco y su sable de madera; después de las sangrientas escenas de la re-

(1) En el original en francés: *Du sublime au ridicule il n'ya qu'un pas, Madame.*

volución y de los hechos del Emperador, vienen de nuevo, balanceándose como patos, los gruesos Borbones con sus viejas y abandonadas burletas y sus tiernamente legítimos donaires (1); cerca de ellos, saltando graciosamente, la antigua nobleza con su hambrienta sonrisa, y detrás los piadosos cogullas (2) con cirios, cruces y estandartes.

Pero en los momentos más sublimes de la tragedia del mundo, suelen deslizarse rasgos cómicos: el desesperado republicano que, cual un Bruto, se clava un cuchillo en el corazón, acaso le ha olido antes, no fuera que con él hubieran partido sardinas; y sobre esta gran escena universal ocurre ostensiblemente lo mismo que en nuestros misereros escenarios. Hay sobre ella héroes que se embriagan, reyes que olvidan su papel, bastidores que se quedan colgados, sonoras voces de apuntador, bailarinas que hacen *efecto* con la poesía de sus caderas (3), trajes que brillan en primer término.... Y arriba, en el cielo, siéntanse entretanto en primera fila los amables angelitos, y nos atisban á los comediantes de abajo; y Dios ocupa gravemente su gran localidad y quizá se aburre ó calcula que este teatro no puede sostenerse mucho tiempo, porque uno cobra demasiado, el otro demasiado poco, y todos ellos trabajan demasiado mal.

(1) En la versión francesa se lee: *reaparecen los gruesos Borbones con sus viejas jocosidades legítimas y sus malas ocurrencias.*

(2) En vez de *piadosos cogullas*, *hipócritas devotos*.

(3) Este inciso falta en la versión francesa.

¡De lo sublime á lo ridículo no hay más que un paso, señora! (1) Mientras escribía el final del anterior capítulo, le contaba cómo murió Monsieur Le Grand, y cómo yo ejecuté concienzudamente el *testamentum militare* compendiado en su última mirada, llamaron á la puerta de mi cuarto y entró una pobre vieja preguntándome afectuosamente si era doctor. Como le afirmara que sí, me rogó con encarecimiento que fuera á su casa á cortarle á su marido los ojos de gallo.

(1) En el original en francés, como al principio.

CAPÍTULO XIII.

¡Señora! bajo los empolladores hemisferios de Leda incubábase ya toda la guerra troyana, y jamás podrá usted comprender las célebres lágrimas de Príamo, si antes no le cuento la historia de los huevos de cisne. Por esta razón no se queje usted de mis digresiones.

En todos los capítulos que preceden, no hay una sola línea que no sea pertinente al asunto, pues yo escribo concisamente, evito lo supérfluo, y hasta paso por alto con frecuencia lo necesario. Por ejemplo, ni una vez, como fuera conveniente, he citado—no digo genios, sino ni siquiera escritores—y, sin embargo, el principal placer de un novel autor es el de citar libros antiguos y modernos, pues un par de citas profundamente eruditas decoran toda su humanidad.

No crea usted, señora, que me falte conocimiento de títulos de libros. Además conozco el procedimiento de los grandes ingenios entendidos en entresacar las pasas de Corinto de la harina y las citas de los cuadernos de colegio; sé hasta donde Barthel busca el mosto (1). Y en caso de necesidad puedo tomar un préstamo de notas de

(1) Falta este inciso en la versión francesa.

mis sabios amigos. Mi amigo G. (1), de Berlín, es, por decirlo así, un pequeño Rothschild en materia de citas, y me presta gustoso algunos millones; y si él mismo no tuviera provisión de ellas, podría reunir las fácilmente en casa de otros banqueros intelectuales cosmopolitas.

A propósito, señora, las de Böckh, al 3 por 100, son baratas, pero las de Hegel, al 5 por 100, son caras. Mas no necesito ahora tomar ningún préstamo; soy un hombre que se encuentra en buena posición; puedo consumir al año mis diez mil citas, sí, y hasta he hecho el descubrimiento de cómo se pueden dar las citas falsas por verdaderas. Si algún grande y rico erudito, por ejemplo Michael Beer, quiere comprarme el secreto, se le cederé gustoso por diez y nueve mil *thalers*, con arreglo al cambio actual, y hasta rebajaría algo. Pero en bien de la literatura no callaré otro descubrimiento, voy á publicarle gratis:

Considero, pues, muy conveniente citar á todos los autores desconocidos con el número de su casa.

Estas «buenas gentes y malos músicos»—como Ponce de León apostrofa á la orquesta—estos oscuros autores poseen siempre siquiera un ejemplar de su ha tiempo olvidado librejo, y para poder encontrarlo se necesita saber el número de la casa. Si quería citar, por ejemplo, el *Librito de cantos para los obreros de Spitta*, ¿dónde encontraría usted este libro, querida señora? Pero si le cito:

(1) En la versión francesa Gans.

«Vid. *Librito de cantos para los obreros*, por P. Spitta, Lüneburgo, calle de Lüner, núm. 2, derecha, junto á la esquina» (1),

Ya puede usted, señora, si considera que merece la pena, encontrar el librejo. Pero no la merece.

Por lo demás, señora, no puede formarse una idea de la facilidad que tengo para poner notas. Por doquiera encuentro ocasión de traer á cuento mi profunda erudición. Hablo, por ejemplo de comer, pues consigno en una nota que los romanos, los griegos y los hebreos también comieron; cito todas los exquisitos platos preparados por la cocinera de Lúculo.—¡Ay de mí, que he venido á nacer casi diez y ocho siglos más tarde! (2). Hago notar también que la comida, en común entre los griegos se llamaba de tal modo, y que los espartanos comieron malas sopas negras.

Bueno ha sido que yo no viviera entonces, pues no puedo pensar en nada más horrible que el verme, pobre de mí, convertido en un espartano, siendo la sopa mi manjar favorito. Señora, pienso hacer inmediatamente un viaje á Londres; pero si es verdad que allí no se prueba la sopa, pronto la nostalgia me hará volver junto á la patria olla de sopa de carne.

Puedo hablar largo y tendido sobre la comida de los antiguos hebreos, y descender hasta la cocina judáica de

(1) En la versión francesa dice: á la derecha, junto al tendero.

(2) El texto dice *quinze siglos* (*anderthalb Jahrtausend* = literal: millar y medio de años); pero la versión francesa dice, *près de dix-huit siècles*, fecha preferible á la del original.

los tiempos modernos. Citaré en esta ocasión á todo el Steinweg (1). Pudiera aún referir cuán humanamente se han expresado muchos sabios berlineses acerca de la mesa de los judíos, llegar á las demás superioridades y excelencias de los mismos, á los inventos que hay que agradecerles, por ejemplo: las letras de cambio, el cristianismo..... ¡Pero, alto! Este último no se lo cargaremos en primer término en cuenta, porque propiamente aun hemos hecho poco uso de él, y hasta creo que los judíos hicieron menos negocio con este descubrimiento que con el de las letras de cambio.

Con ocasión de los judíos podía también citar á Tácito, que dice que adoraban asnos en sus templos, y con ocasión del asno, ¡qué vasto campo de citas se abre ante mí! ¡Cuántas cosas notables pueden añadirse acerca del asno antiguo en oposición al moderno! ¡Qué razonables eran aquéllos, y ¡ah! qué estúpidos éstos! ¡Qué juiciosamente habla, por ejemplo, el asno de Bileam! (2).

Vid. Pentat, Lib.

Señora, en este instante no tengo á mano el libro, y dejaré este hueco en blanco para llenarle más adelante. En desquite, respecto á la insipidez de los asnos modernos, citaré:

Vid.

(1) *Calle de la Judería* (literal: camino empedrado).

(2) En la versión francesa: *el asno de Baarlám, hijo de Boër.*

No, dejaré también esta cita en blanco, á mi vez podría ser yo citado por difamación, esto es, *injuriarum*. Los asnos modernos son unos grandes asnos. Los asnos antiguos, que habían alcanzado tan alto grado de cultura,

Vid. Gesneri: De antiqua honestate asinorum.

(In comment. Götting., tom. II, pág. 32) (1),

se hubieran vuelto á la tumba, al oír cómo se habla de sus decendientes. En otro tiempo *asno*, era un título honorífico, equivalía á lo que ahora *consejero áulico, barón, doctor en filosofía*..... ¡Jacob compara con él á su hijo Isaschar, Homero á sus héroes, y ahora se compara con él al Sr. de!..... (2)

Señora, con ocasión de tales asnos, podía sumergirme bien adentro en la historia literaria; podía citar á todos los grandes hombres que han estado enamorados, por ejemplo: á Abelardo, Pico de la Mirandola, Borbon, Cartesio, Angel Policiano, Raymundo Lullio y Enrique Heine (3). Con ocasión del amor podía volver á citar todos los grandes hombres que no han fumado tabaco, por ejemplo: Cicerón, Justiniano, Goethe, Hugo, yo....., cinco que por casualidad, todos somos medio juristas. Mabillon no podía soportar el humo de una pipa extran-

(1) De la antigua honradez de los asnos.

(2) Según la versión francesa: *al Sr. de Stuhr, que quiere suicidarse por despecho amoroso.*

(3) En el original en latín, acus. de singular: *Abelardum*, etcétera.

jera, y en su *Itinere germanico* se queja de las hospederías alemanas, *quod molestus ipsi fuerit tabaci gracie olentis factor*.

Por el contrario, otros grandes hombres se dice que tuvieron predilección por el tabaco. Rafael Thorus compuso un himno al tabaco....—No sabe usted quizá que Isaac Elzeviro le publicó en Leiden, anno 1628, en 4.^o, y Ludovicus Kinschot le ha escrito un prólogo en verso. Hasta Graevius ha hecho un soneto al tabaco, del que también gustaba al gran Boxhornius. Bayle, en su *Dict. hist. et critiq.*, refiere de él que se había dejado decir, que el gran Boxhornius usaba para fumar un gran sombrero con un taladro en la parte de delante del ala, por el cual hacía pasar con frecuencia la pipa, para que no le estorbara en sus estudios.

A propósito, en la nota del gran Boxhornius también podría citar á todos los grandes eruditos que se dejaron intimidar y escaparon (1). Pero me contento con remitir á *Joh. Georg Martius: De fuga literatorum*, etc., etcétera, etc. Si recorremos la historia, señora, veremos que todos los grandes hombres han tenido que poner pies en polvorosa alguna vez en su vida: Loth, Tarquino, Moisés, Júpiter, Madama Staël, Nebucadnesar, Benjowsky, Mahoma, todo el ejército prusiano, Grego-

(1) Aquí hay un juego de palabras entre el apellido latinizado, *Boxhornius*, y su homónima la palabra *Bockshorn* (cuerno de cabra ó macho cabrío) de la frase familiar *sich in's Bockshorn jagen liessen*=literal: dejarse cazar en cuerno de cabra, y metafórico, *dejarse intimidar*.

rio VII, el Rabbi Jizchak Abarbanel, Rousseau.... y muchos más, cuyos nombres pudiera añadir, por ejemplo, los individuos que están apuntados en la tabla negra de la Bolsa (1).

Ya ve usted, señora, que no me falta solidez y profundidad. Sólo que aun no puedo avenirme con la *sistemática*. Como verdadero alemán debí haber comenzado este libro con una explicación de su título, según uso y tradición del Santo Imperio Romano. Verdad es que Fidias no le hizo un prólogo á su Júpiter, como tampoco en la Venus de Médicis—que yo he considerado por todos lados—se halla ninguna cita; pero los griegos eran griegos, y cada uno de nosotros es un honrado alemán, que no puede renegar del todo de la naturaleza alemana, y debo, por tanto, explicarme al punto acerca del título de mi libro.

Señora, voy á hablar:

I. De las ideas.

A. De las ideas en general.

a. De las ideas racionales.

b. De las ideas irracionales.

α. De las ideas ordinarias.

β. De las ideas encuadradas en cuero verde (2).

Estas secciones se subdividirán en....., pero todo esto se hallará más adelante.

(1) En la versión francesa falta desde *A propósito*.... hasta fin del párrafo.

(2) En la versión francesa: *en piel de cerdo*.